

**UN DÍA EN LA VIDA DE LA CAMARERA DE LA REINA.
DIARIO DE FRANCES BURNEY. (Fragmento). Trad. de A. Aragón**

Frances (Fanny) Burney ha sido una de las escritoras inglesas anteriores a Jane Austen, cuya obra ha permanecido olvidada en los sótanos de muchas bibliotecas esperando a que algún erudito curioso la sacara de su letargo. Gracias a las nuevas corrientes historicistas y a la denominada segunda ola feminista, se están volviendo a estudiar y redescubrir numerosas obras que como las de Frances Burney gozaron de gran éxito en vida de las autoras, pero que en etapas posteriores, sobre todo en el siglo XIX, fueron engrosando las listas de obras que el canon literario imperante no consideraba merecedoras de ser tratadas, especialmente si estaban escritas por mujeres (1).

A lo largo de su intensa y dilatada vida –murió a los 83 años– Frances Burney nunca dejó de escribir. En su amplia bibliografía encontramos cuatro novelas, cuatro comedias y cuatro tragedias en verso, además de doce volúmenes pertenecientes a su diario y más de diez mil cartas personales dirigidas a familiares y amigos. Estos doce volúmenes constituyen una fuente inagotable de información para cualquier investigador del siglo XVIII.

Fanny comenzó su diario dirigido a un Nadie ficticio en marzo de 1768, y continuó escribiendo en él casi todos los días durante setenta años, período en el que nuestra autora se relacionó no sólo con los círculos aristocráticos y literarios ingleses sino también franceses. A lo largo de su diario nos encontramos con entradas tan interesantes como cuando le presentaron al Dr. Samuel Johnson y a Hester Thrale en agosto de 1778; en julio de 1782 Edmund Burke le escribe una carta alabando *Cecilia*, segunda obra de Burney; su primera audiencia con el rey Jorge III en diciembre de 1785; su masectomía realizada sin anestesia en septiembre de 1811; presentación ante el rey Luis XVIII en 1814, y un largo etcétera.

(1) En este sentido, si consideramos que a lo largo del siglo XVIII, la mayoría de las novelas publicadas fueron escritas por mujeres –hasta tal punto que muchos hombres escribían bajo seudónimo de mujer para publicar sus obras–, no deja de ser menos que curioso el hecho de que, hasta hace poco, sólo se conocieran y estudiaran los trabajos de escritores como Daniel Defoe, Henry Fielding o Samuel Richardson, pareciendo que Jane Austen fue la primera mujer que escribió novelas en la historia de la literatura inglesa.

A pesar del gran interés tanto histórico como social de la obra de Frances Burney, no existe actualmente ninguna traducción al español de su obra.

El texto que hemos seleccionado pertenece a la edición que publicó Ernest Rhys *The Diary of Fanny Burney. A Selection.*, Londres, Dent & Sons Ltd., 1941, pp. 120-123. Este fragmento corresponde a la época en la que Frances Burney permaneció como camarera real a cargo del vestuario de la reina Carlota, este ofrecimiento constituía una alta distinción si consideramos que Fanny no pertenecía a la clase alta y que esta ocupación solamente se ofrecía a miembros de la aristocracia. Sin embargo, lo que para muchos era un honor, para Burney era un castigo. Finalmente a pesar de su voluntad, aceptó el puesto por complacer a su padre (2), la persona más influyente en su vida. El período de Frances Burney en la corte se extiende desde el 17 de julio de 1786 al 7 de julio de 1791. Estos casi cinco años constituyen la etapa más sombría en la vida de nuestra autora, alejada de todo lo que quería, familia y amigos, teniendo que dedicarse a atender a la reina desde primera hora de la mañana hasta más de medianoche. Asfixiada por la etiqueta de la corte, Frances se sentía enclaustrada en los muros de palacio.

Burney, al no pertenecer a la aristocracia, nos brinda en sus escritos las descripciones y anécdotas más llenas de frescura y sinceridad que jamás se han narrado sobre la corte de Jorge III, su locura (3), sus viajes a Oxford y por Inglaterra, la Familia Real, los palacios de Windsor y Kew, etc.

Tal y como cuenta Fanny a su hermana Susan, la vida en la corte es algo tan curioso y particular que sólo los que viven dentro pueden llegar a conocerla. Gracias a sus excepcionales dotes de observación, a su profundo conocimiento del ser humano, Frances Burney nos ha proporcionado un asiento en primera fila para el desfile de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

BURNEY, Fanny: *Selected Journals and Letters*, Ed. Joyce Hemlow, Oxford, Oxford U.P., 1987.

BURNEY, Fanny: *The Diary of Fanny Burney. A Selection.*, Ed. Ernest Rhys, Londres, Dent & Sons Ltd., 1941.

DOODY, Margaret Anne: *Frances Burney: The Life in the Works*, New Brunswick: Rutgers U.P., and Cambridge: Cambridge U.P., 1988.

EPSTEIN, Julia: *The Iron Pen: Frances Burney and the Politics of Women's Writing*, Bristol Classical Press, Bristol, 1989.

(2) Frances Burney era la segunda hija de Charles Burney (1726-1840), doctor en música por la Universidad de Oxford, daba clases de música a jóvenes de las casas más ilustres de la época. Obtuvo un gran éxito como autor de *Historia de la Música*, cuatro volúmenes publicados entre 1776 y 1789.

(3) Estudios médicos realizados en este siglo sugieren que, más que locura, Jorge III padecía porfirinuria: enfermedad congénita que altera el metabolismo causando un agudo dolor, hiperexcitación, parálisis y delirio.

- FIGES, Eva: *Sex and Subterfuge: Women Writers to 1850*, Macmillan, Londres, 1982.
- LLOYD, Christopher: *Fanny Burney*, Longmans-Green, Londres, 1936.
- SCHOFIELD, M. Anne and Celia MACHESKI (Ed.): *Fetter'd or Free?: British Women Novelists 1770-1815*, Ohio University Press, Atenas, 1986.
- SIMONS, Judy: *Fanny Burney*, Macmillan, Londres, 1987.
- SPENDER, Dale: *Mothers of the Novel*, Pandora, Londres, 1986.
- STRAUB, Kristina: *Divided Fictions: Fanny Burney and Feminine Strategy*, University Press of Kentucky, Lexington, 1987.

FANNY BURNEY: DIARY (Fragmento)

Lunes, 24 de julio de 1786: Trataré de darte de forma más detallada, un conciso resumen de cómo paso el día habitualmente de tal forma que, en lo sucesivo, escriba sólo lo que varíe y ocurra excepcionalmente.

Me levanto a las seis, me pongo un vestido de mañana y un tocado y espero mi primera llamada; ésta, aunque puede darse en cualquier momento entre las siete y cerca de las ocho, se produce normalmente a las siete y media.

La Reina nunca me manda llamar hasta que no la han peinado; de esto se ocupa cada mañana su encargada de vestuario, la señora Thielky, una alemana que habla inglés perfectamente.

La Señora Schwellenberg (1), desde la primera semana, nunca ha bajado por la mañana. Los últimos retoques al vestido de la Reina los damos la señora Thielky y yo. Ninguna doncella entra jamás en la habitación mientras la Reina está en ella. La señora Thielky me pasa las cosas y yo se las pongo a la Reina. ¡Menos mal que yo no las tengo que pasar!, nunca sabría lo que va primero, y siendo tan distraída, correría el enorme riesgo de dar el vestido antes que el aro y el abanico antes que el pañuelo.

Sobre las ocho, o poco después, la Reina, que es sumamente rápida, ya está vestida. Se dirige entonces a reunirse con el Rey y a aguardar la llegada de las Princesas, tras lo cual todos se dirigen a la Capilla del Rey para los maitines, a los que también asisten las institutrices de las Princesas y el gentilhombre del Rey. A veces, también van otras personas, pero sólo cuando es indispensable.

Vuelvo entonces a mi habitación para desayunar y hago de esta comida el momento más agradable del día. Como compañero tengo un libro para el que me concedo una hora de lectura. Ahora estoy leyendo la descripción de Gilpin (2) de

(1) La señora Schwellenberg –a quien Burney denominaba “mi cancerbera”– había venido de Alemania con la reina Carlota hacía unos veinticinco años. Ocupaba el puesto de camarera personal de la reina, la labor de Frances Burney consistía en ayudar a la señora Schwellenberg, cosa que no era fácil pues la alemana sentía cierto odio a todo lo que fuera inglés.

(2) William Gilpin (1724-1804) escribió una serie de libros de viajes, describiendo el paisaje del Distrito de los Lagos, las Highlands, el valle Wye y la Isla de Wight.

los Lagos de Cumberland y Westmorland. La señora Delany (3) me lo^s ha prestado, es la lectura más pintoresca que jamás he encontrado, me muestra paisajes de todo tipo con matices tan brillantes y vivos, que llego a olvidar que estoy leyendo y casi los veo ante mí, coloreados por la mano de la naturaleza.

A las nueve mando retirar las cosas del desayuno. Dejo mi libro para hacer un serio y tranquilo examen de todos los asuntos que tengo entre manos, entre los que siempre están los preparativos del vestuario, no sólo para ese día, sino para los días de palacio, que necesitan una indumentaria específica; para el próximo cumpleaños de algún miembro de la Familia Real, cada uno de los cuales requiere un nuevo atavío; para Kew, donde el vestido es más sencillo, y para estar por aquí, donde el traje me resulta muy grato ya que no necesita ningún boato ni adorno, simplemente que sea elegante y siga, en cierta manera, la moda.

Una vez que termino con el vestuario, tengo tiempo libre hasta las doce menos cuarto, con excepción de los miércoles y sábados, cuando sólo dispongo hasta las once menos cuarto.

A veces, mis asuntos me ocupan ininterrumpidamente todas estas horas. Cuando no es así, me dedico hasta las diez a escribir cartas ya sean de compromiso, de cortesía o bien para tratar asuntos pendientes. Entonces, desde las diez hasta las horas que he mencionado, me dedico a pasear.

Las horas citadas me devuelven a las pesadas e incesantes labores de la *toilette*. La hora adicional de los miércoles y sábados es para rizar y cardar el pelo, lo cual debe hacerse ahora dos veces por semana.

La una menos cuarto es la hora a la que, normalmente, la Reina empieza a vestirse para el resto del día. Para esto, la señora Schwellenberg está siempre presente, al igual que yo misma y, por supuesto, la señora Thielky que acompaña a la Reina en todo momento. Nosotras ayudamos a Su Majestad a quitarse el vestido y a empolvase, es entonces cuando se admite a la peinadora. Generalmente, la Reina lee el periódico durante esa operación.

Cuando ella observa que he acudido sin completar del todo mi atuendo, siempre me da permiso para volver y terminar de vestirme tan pronto como ella se ha sentado. Si ella está seria y sigue leyendo, me despide esté vestida o no; en cualquier caso, jamás se olvida de mandarme salir cuando se está empolvando, para no estropear mi vestido, consideración que nadie esperaría de tan alta personalidad. Tampoco me retiene nunca sin leerme aquí o allá algún pequeño párrafo en alto.

(3) En 1783 Burney conoció a la venerable señora Delany perteneciente a la aristocracia inglesa, gran amiga de Henry Swift y Edmund Burke entre otros. Delany gozaba de la simpatía de los reyes, quienes le ofrecieron una casa en Windsor y una pensión anual de £300. Cuando en 1785 cayó enferma, Frances se ofreció a cuidarla, fue entonces cuando conoció a los reyes y la señora Delany habló a su favor para que le concedieran el puesto de ayudante de cámara de la reina.

Cuando vuelvo a mis aposentos, termino, si aún no he acabado, de vestirme, y cojo los *Diálogos* de Baretti (4), el *Tablet of Memory* de mi querida Fredy o alguna cosa suelta, durante los pocos minutos que trascurren antes de que me vuelvan a llamar.

Entonces, siempre la encuentro que se ha trasladado a su vestidor estatal, si es que se puede dar tal epíteto a cualquier habitación de esta mansión privada. Allí, en pocos momentos, se termina de vestir. Ella entonces me dice que no me necesitará, y no la vuelvo a ver hasta que no es la hora de acostarse.

Son normalmente las tres de la tarde cuando me veo liberada, momentáneamente, de mis obligaciones. A partir de ese instante, en el curso natural de las cosas, dispongo de dos horas ¡ni un momento más! Estas preciadas y tranquilas dos horas, las únicas en todo el día, después del desayuno, en las que estoy segura que no me van a molestar, las dedicaré de ahora en adelante a conversar con mi querida Susan, Fredy, mis otras hermanas, mi estimado padre o la señorita Cambridge, con mis hermanos, primos, la señora Ord, y otros amigos tanto como estas dos horas me permitan hacerlo de vez en cuando. Y digo de aquí en adelante, porque hasta ahora, el abatimiento de mi espíritu, junto a la incertidumbre de cuánto podría durar esta situación, me han hecho malgastar, triste e inútilmente, cada minuto de mi tiempo.

La cena es a las cinco. La señora Schwellenberg y yo nos encontramos en el comedor. Normalmente estamos las dos solas, cuando hay alguien más es sólo porque ella lo ha invitado. Al no haberlo reclamado en un principio, por falta de espíritu y coraje, ya he pedido totalmente cualquier derecho que mi puesto pudiera haberme permitido de invitar a comer también a mis amigos.

Después de cenar, subimos a sus aposentos, situados justamente sobre los míos. Aquí tomamos el café y paseamos por la terraza hasta cerca de las ocho. Nuestro *tête-à-tête* finaliza entonces, y volvemos a bajar al comedor. Allí, el gentil-hombre del Rey, cualquiera que sea, viene siempre a tomar el té, y con él cualquier caballero que el Rey o la Reina haya invitado a pasar la tarde; cuando hemos terminado, se dirige con ellos a la sala de conciertos.

Esto sucede normalmente sobre las nueve. A partir de entonces, si la señora Schwellenberg está sola, nunca la dejo ni un minuto hasta que cerca de las once, subo para tomarme algo.

Entre las once y las doce, raras veces antes o después, me mandan a llamar por última vez. Normalmente estamos veinte minutos con la Reina; creo que en contadas ocasiones se ha pasado de la media hora.

Regreso entonces a mis aposentos, y después de adelantar lo que pueda de mi vestuario para el día siguiente, me voy a la cama y acto seguido, créeme, me duermo,

(4) G. Marco Baretti, poeta, escritor y crítico literario, llegó a Londres en 1751 para dirigir el teatro italiano, también era secretario de la Real Academia de Pintura. Se dio a conocer por sus violentos ataques dirigidos a la filosofía de Rousseau. El libro al que se refiere Burney es un volumen de diálogos publicados en 1771.

pues el levantarme temprano y el largo día dedicado a nuevos asuntos y ocupaciones, me causan una fatiga tan física que ningún pensamiento se le puede oponer, quedándome dormida casi en el mismo instante en que apago la vela y apoyo la cabeza en la almohada.

Y así transcurre el día de tu F.B. en su nueva ocupación de Windsor...